

IMPORTANTE:

Al público

En vista de los numerosos pedidos que todos los días nos llegan de números atrasados de nuestras publicaciones, nos place comunicar a nuestros amables lectores que desde primeros de abril existirán depósitos de todas nuestras publicaciones en todos los quioscos y librerías de España. Es, pues, el momento de completar sus colecciones.

IMPORTANTE:

A LOS CORRESPONSALES

Con el fin de que puedan contentar a todos los clientes en cuanto a las demandas de números atrasados y para evitarles momentáneo desembolso, esta Dirección, de acuerdo con sus distribuidores, ha decidido establecer depósitos de los números atrasados de todas nuestras publicaciones. Si no ha recibido dicho depósito y lo desea, pida las colecciones que necesite a

**Sociedad General Española de Librería,
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.**

Barbaró, 10, BARCELONA. Ferraz, 21, MADRID. Ferrocarril, 20, IRUN

J. Horta, impresor. - Barcelona

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

N.º 239

25 cts.



EL ORO
DEL "MARSELLA"

13
POR
ALICE BRADY

FilmoTeca
de Catalunya

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Propietario: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Redacción } Vía Layetana, 12
Administración } Teléfono, 4423 A

Año V BARCELONA N.º 239

EL ORO DEL "MARSELLA"

Interesantísima producción, de cautivante asunto, interpretada por

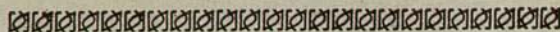
ALICE BRADY. María Dawson.
Frank Losee Jaime Cantwell.
DAVID POWELL. . . Boston Blackie.
John B. Cooke . . . Harry «El Cuervo»
W. Riley Hatch. . . Juan Webb.
William B. Mack . . Tom Dawson.
Sidney Herber . . . Frank Garbert.
George Leguere. . . Daniel Regan.
H. Cooper Cliffe. . . Sir Arturo Cumberland.
Sidney Dean. . . . Carrington Staffer.
Beverly Travers. . . Clara Dupont.

Paramount Pictures Corporation

Exclusiva de

SELECCINE, S. A.

Con esta novela se regala la postal-fotografía de
FLORENCE VIDOR



EL ORO DEL "MARSELLA"

Argumento de la película

En la residencia de Cantwell, el nuevo millonario que acababa de "lanzar" el distrito financiero de Nueva York, celebrábase una suntuosa fiesta.

Cantwell había amasado una fortuna en Wall Street, en muy pocos años, y malas lenguas decían que estuvo varias veces a punto de hacer una larga visita a la cárcel del Estado. Era uno de esos nuevos ricos que caen de una manera imprevista en el gran mundo social, y les sirve su inmensa fortuna para alcanzar un sitio preeminente.

Lo más selecto, la aristocracia de la banca y de la política, invadía los salones del matrimonio Cantwell, complaciéndose en fomentar aquella nueva amistad poderosa. No les interesaba su pasado; olvidaban, o no querían saberlos, los procedimientos brutales que empleaba Cantwell en el desarrollo de sus empresas.

Aquella misma noche de fiesta, mientras en las lujosas estancias iluminadas, las músicas repetían sin cesar los agitados bailes modernos y la señora Cantwell tenía una sonrisa de satisfacción al ver su casa llena de tan elegante sociedad, en su despacho comercial el millonario sostenía una violenta discusión con una de sus víctimas.

Era un pobre industrial a quien los azares de la fortuna iban a llevar a la quiebra.

—¡Canalla! — le decía amenazándole—; me dijiste que me concedías un largo plazo para pagarte y ahora me exiges que te pague mañana. Y no puedo; Cantwell; tú bien lo sabes... No puedo.

—Quiero cobrar mi dinero. Si no lo haces, daré la noticia de tu quiebra a todos los periódicos.

Y le miraba con una sonrisa malvada, complaciéndose en el dolor del vencido.

—No tienes perdón de Dios, Cantwell — dijo el pobre arruinado—; pero ¡quién sabe si algún día te verás como me veo hoy!...

Salió desesperado, viendo perdida para siempre la esperanza de rehabilitarse.

El millonario quedó sonriente en su oficina, arrellanado en su poltrona, diciéndose que su poder era implacable contra los que pretendían quedarse su dinero. ¡El dinero! ¡Lo que Cantwell amaba más en el mundo!

Pero, entretanto, en su soberbio palacio, donde la señora Cantwell ponía su nota ridícula de "nueva millonaria" cargada de deslumbrantes joyas, ocurrían graves acontecimientos. Era famoso el collar de diamantes de aquella novel reina de salón: diamantes enormes, asombrosos, como pequeños soles que adornasen su cuello con un cinturón de luz.

Se habían introducido en los salones dos pájaros de cuenta: María Dawson, una joven demasiado lista, y Boston Blackie, su compañero de negocios, un ladrón elegante que no vacilaba en codearse con la gente de rumbo y alternar en sus fiestas mundanas.

Estos dos individuos, cuya simpatía personal les abría las puertas de mayor prestigio, llevaban el proyecto de apoderarse del collar de diamantes de la señora Cantwell, magnífica joya, cuyo valor incalculable les permitiría unos buenos meses de lujo.

Gracias a la habilidad de María, otro ladrón, Harry el "Cuervo", había logrado introducirse como criado en casa de Cantwell.

—Todo está dispuesto — les dijo Harry al verles llegar—. Cuando me aviséis entraré en funciones.

—¡Prepárate ya! — le respondió María.

Esta y Blackie se presentaron ante la señora Cantwell con una naturalidad y una sencillez que alejaban toda idea de sospecha.

—Supongo que no nos habrá usted olvidado tan pronto — dijo María al tiempo que le estrechaba la mano—. ¿Se acuerda usted del día en que le fuimos presentados en el Concurso Hípico?

La millonaria no tenía de ello la menor idea, pero subyugada por la joven y con el ánimo de crearse nuevas y valiosas amistades, aceptó muy gustosa a los dos nuevos invitados.

Aquellos ladrones de salón no desmerecían, exteriormente, del resto de la concurrencia. Vestían con suntuosa elegancia y sus ademanes eran correctos y distinguidos como de personas que recibieron una educación superior.

A media noche, a una casi imperceptible señal de María, el salón quedó a oscuras. El "Cuervo" se había encargado de cerrar la corriente en el momento determinado.

Hubo un minuto de turbación, sumidos todos en el negro velo de las sombras, pero pronto se hizo la luz, volviendo a aclararlo todo con su espléndida alegría.

La señora Cantwell, aturdida, dió un grito terrible, agresivo, que hacía daño.

—¡Socorro! ¡Socorro! — gimió—. ¡Me han robado los diamantes!

Y sus manos enjovadas, gruesas y blanduchas, tanteaban nerviosamente el escote del pecho, buscando el sitio donde antes figuraban las rosas maravillosas de pedrería.

—¡Mis diamantes! ¡Mis diamantes!... ¡Hay que avisar a mi marido!

Alguien salió de la aglomeración de invitados, dirigiéndose hacia donde estaba la desdichada y obesa

mujer. Era Juan Webb, jefe de una famosa agencia policíaca, un invitado que tenía bien guardada su chapa de detective.

—¡Cierren las puertas! — ordenó—. De aquí no saldrá nadie hasta que haya usted pedido instrucciones a su esposo.

La dueña de la casa telefoneó a su marido, y volvió de nuevo al salón con un gesto de contrariedad.

—Mi esposo dice que todas las personas honradas que hay en esta casa no tendrán inconveniente en que se las registre.

Todos se resignaron a la dolorosa necesidad. ¡Qué remedio había!

Pero María y Boston cruzaron una mirada de inteligencia y la joven se adelantó hacia la señora Cantwell y le dijo:

—¡Esto es una ofensa que no puedo sufrir! ¡Quiero que se me registre inmediatamente!

—¡También a mí! — exclamó Boston, a continuación—. Mi dignidad ofendida me obliga a no permanecer un minuto más en esta casa.

—No lo tomen así, señores... ¡Cuánto lamento lo que ocurre! Pero han de hacerse cargo...

—Sí, sí; pero queremos que se nos cachee en el acto.

En una sala contigua fueron los dos jóvenes objeto de un minucioso registro. Pero su habilidad de ladrones, duchos en tan peligrosos lances, les sirvió una vez más para salir, con éxito, de la prueba. Y así, por medio de un escamoteo habilísimo, el collar que tenía María en su poder fué a parar al bolsillo de su amigo mientras registraban a aquélla; y cuando le tocó el turno a Blackie, con igual rápido procedimiento los diamantes volvieron a manos de la muchacha. Y todo tan rápido, con tan extraordinaria ligereza que ni la señora Cantwell ni el detective Juan Webb sospecharon la realidad.

—Perdonen ustedes — dijo la millonaria, excusándose—. Nunca sospeché de ustedes, pero...

—Nada tenemos que objetar, señora. Pero no podemos continuar en una casa donde se pone en evidencia a sus invitados.

Y con una gallardía y una tranquilidad maravillosas, Boston y María abandonaron el palacio, subiendo rápidamente a su automóvil. Todo estaba previsto. El golpe se había dado con exactitud matemática.

Y en casa de los Cantwell, el registro de todos los otros invitados, como era natural, resultó perfectamente inútil. Y el detective Webb hubo de confesar que por aquella vez la solución estaba aún muy lejana.

**

Ya en su casa, Blackie y María con su compinche "El Cuervo", que con sigilo había abandonado la casa del millonario, comentaban el éxito obtenido y los medios más rápidos para vender el collar de diamantes.

—¡Cuánto le hubiera gustado a mi padre intervenir en este asunto! — exclamó María.

Tom Dawson, el padre de María, era un sujeto que ya desde su juventud se había dedicado a profesiones dudosas; pero ahora, envejecido y cansado, sentía como si la conciencia comenzara a remorderle. Para buscar mejoría a su salud, había ido una temporada al campo pidiendo al aire de los bosques el bálsamo cordial de la vida.

Mientras los tres cómplices hablaban del éxito obtenido, un mensajero les entregó un telegrama de Tom, concebido así:

"Regreso esta noche. No puedo continuar en el campo sin ti. — Tu padre".

Inmensa alegría se apoderó del corazón de María ante la esperanza de abrazar a su padrecito. ¡Lo contento que estaría papá cuando le enseñaran el collar de diamantes! ¡Y qué diamantes! ¡Cada uno valía una fortuna!

Pero tenían que ocurrir aún cosas muy graves aquella noche.

Tom Dawson al llegar a Nueva York se había di-

rigido por las calles tortuosas y estrechas del distrito comercial hacia la casa donde habitaba su hija. Era pasada la media noche.

También el millonario Cantwell, después de haber dejado listos todos los asuntos urgentes, iba camino de su hogar.

Los dos hombres llevaban la misma dirección. Al llegar a una esquina, Tom pudo ver como un "chauffeur" agredía, armado de un bastón, al millonario, que caía en tierra sin sentido. Iba a apoderarse de su cartera cuando Dawson, dejándose llevar por un sentimiento de hidalguía, raro en él, se lanzó sobre el atracador, dispuesto a castigarle como se merecía.

El astuto ladrón, viéndose en peligro optó por la fuga, subiendo rápidamente al automóvil que guiaba y desapareciendo como una sombra en la obscuridad de la noche.

Tom quiso prodigar sus auxilios al caballero desvanecido y en esta ocupación le sorprendió un policía, quien le cogió por un hombro creyéndole un ladrón que desvalijaba a su víctima.

—Con las manos en la masa, ¿eh? ¡Pero esta vez tendrás tu castigo!

—Le juro que el atracador acaba de huir en automóvil.

—¡Bah! ¡No venga con excusas!

El señor Cantwell había vuelto en sí y al ver ante él a un individuo apresado por el policía, le tomó por el agresor.

—¡Señor! ¡Yo no he hecho más que auxiliarle! Se lo prometo.

—No se haga el inocente — repuso el millonario—. Usted fué quien me dió un golpe en la cabeza para robarme.

—No, no...

—¡No mientas! — dijo el guardia, zahiriéndole con brutalidad—. Ya sé cómo las gastan los de tu oficio, pero lo que es tú no te escapas. ¡A la cárcel!

Y fué en vano toda protesta. El millonario, el guar-

dia y Tom llegaron a la delegación del distrito. Cantwell, ante la inesperada agresión, había olvidado el robo ocurrido en su casa para pensar únicamente, con un odio feroz, en castigar cuanto antes al hombre que había querido matarle. Además, creía ver una relación entre el robo del collar y el vil atraco, y pensaba descubrirlo todo de una vez.

Tom fué encerrado en uno de los calabozos, después de declarar de nuevo que era inocente.

El millonario llamó por teléfono a su detective Webb para que se personase cuanto antes en la Delegación.

Entretanto, en casa de María, ella y Boston esperaban la inmediata llegada de Dawson y hablaban con la alegría que les proporcionaba su suerte.

—Blackie — decía la muchacha—; convirtiendo en plata lo de esta noche, mi padre y yo podríamos comprar una casita en el campo para ir a vivir en ella. ¿Qué te parece?

—Encantado... pero... y de aquello, ¿cuándo hablaremos?

Y el joven la miraba tiernamente, sintiendo por su compañera de aventura la lozanía de un amor juvenil. Ella bajó los ojos y calló.

—¿Qué tal estaría que cuando tu padre llegase nos encontrara prometidos en matrimonio?

—Por favor, no me hables de estas cosas ahora... Tengo que pensar primero en mi padre...

Iba a replicar Blackie, cuando sonó el timbre de la puerta.

—¡Es mi padre!—dijo María batiendo alegremente las manos.

Pero era un guardia que les traía una cartita de Tom. Los dos jóvenes temblaron de terror. ¿Qué había ocurrido? Cuando el policía hubo partido, desdoblaron nerviosamente el papel y sus ojos leyeron esta cartita:

"María: Me han detenido por un robo que no he

cometido. Estoy en la primera Comisaría de Policía. Tu padre."

—¡Maldita suerte! — dijo María—. ¡Hay que salvar a mi padre! Necesitamos un abogado... Llama a nuestro amigo Garbert. Dile que le espero en la Comisaría.

—No vayas a comprometerte...

—Déjame. Se trata de mi padre, por quien yo haría cualquier cosa...

Poco después, María iba a la Delegación. Se metía en la misma boca del lobo, pero no le importaba; ¡Todo por su padre!

En la comisaría le permitieron hablar un momento con Tom, quien le dijo:

—Con los antecedentes que tengo en los registros de la policía, no podemos conseguir nada. Allí está ese miserable que me acusó sin haberme visto.

—¿Cómo se llama?

—Es el millonario Cantwell.

—¿Estás seguro?

—Sí...

—Pues entonces... ¡oh, qué ideal!... Espera, no tardaré.

Salió precipitadamente, topándose con Frank Garbert, un abogado amigo suyo, cuya especialidad consistía en defender casos criminales difíciles.

—Garbert; es necesario salvar a mi padre... y yo tengo el medio...

Hablaron largo rato poniéndole María en antecedentes del robo efectuado por ella aquella noche a la esposa del millonario.

—¿Comprende usted? — le decía —. Si ponen en libertad a mi padre, estoy dispuesta a devolver los días antes a Cantwell.

—Bien... Me parece excelente lo que usted propone. Voy a decírselo a Cantwell. ¿Está él aquí?

—En el despacho del comisario... Yo me voy a casa. Si Cantwell está conforme, avíseme por teléfono.

El abogado penetró en el despacho donde estaba Cantwell con el policía Webb. Les tendió la mano, saludándoles con aire campechano.

—Señor Cantwell — dijo de buenas a primeras —: ¿le gustaría a usted recuperar los diamantes de su esposa?



Se metía en la misma boca del lobo, pero no le importaba.

—¿Cómo puede usted? ¿Ha recibido alguna confidencia? — le preguntó Webb.

—Más que confidencia; tengo la seguridad. Sé dónde está el collar y puedo ponerlo en sus manos. Brillaron los ojos del millonario con súbita expresión de alegría.

—¡Oh, gracias, señor Garbert!... Vengan los diamantes, en seguida.

—¡No tan aprisa! Antes quiero imponerle una condición.

—¿Condiciones a mí? ¿Condiciones de quién?

—¿Me da usted palabra de honor de que declarará en favor de Tom Dawson?

—¿Yo? Pero ¿existe, en verdad, relación entre los dos sucesos?

—No puedo explicarle. Le repito mi pregunta: ¿declarará usted que Tom es inocente?

—Sí, lo haré.

—¿De veras?

—¡Palabra de honor! — dijo el millonario con solemnidad.

—Pues entonces, voy a decirles que devuelvan esos diamantes. Pronto volveré.

Y Garbert telefoneó a María que Cantwell estaba conforme. Y María devolvió los diamantes.

A la mañana siguiente, cuando la joven esperaba anhelante el momento en que su padre fuera puesto en libertad, consecuencia de las favorables declaraciones del millonario, la llamaron por teléfono y el abogado le dijo con voz velada por la tristeza:

—Cantwell recogió los diamantes pero se burló de nosotros cuando los tuvo en su poder... Van a mandar a su padre a presidio.

—Pero esto no puede ser... ¡Esto es una villanía!

—Desgraciadamente es la amarga realidad. ¡Cantwell se ha portado como un cobarde!

¡Malvado! ¡Malvado!

Su desesperación adquirió caracteres trágicos. ¡Enañada tan burdamente! Hubiera deseado tener ante ella a Cantwell para clavarle las uñas en los ojos y dejarle ciego, con una ferocidad de gata montesa. ¡Infame!

El proceso fué breve. Tom Dawson fué declarado culpable y condenado a diez años de presidio. La prensa trajo esta noticia:

“Tom Dawson que, como se recordará, asaltó al conocido financiero Jaime Cantwell, acaba de ser condenado a diez años de prisión en la penitenciaría de Sing-Sing.

Fueron a despedirle a la puerta del presidio María y Blackie. El inocente les abrazó sollozante, mirando por última vez el cielo azul de la libertad. Después, dirigiéndose a Blackie le dijo algo en voz muy baja. Y conmovido, hundido bajo el peso de su dolor, vió como la puerta que le separaba de la vida se cerraba para siempre.

María y Blackie quedaron solos, sintiendo toda la acidez del instante.

—Ya sé lo que mi padre te dijo, Blackie... ¡Que no saldrá nunca vivo de presidio!

—¡Es verdad!

—Me vengaré de Cantwell. ¡Te lo juro! — exclamó ella con los ojos inyectados por el ardor de la decisión—. ¡Te lo juro!

Y su brazo se levantaba implacable, amenazando con caer sobre el hombre que había provocado la infamia...

*

El padre de María murió en presidio, pero pronto se le presentó a la joven la oportunidad que buscaba. Los periódicos publicaron esta sensacional noticia:

“Graves rumores acerca de Cantwell en Wall Street.

Las demandas de los acreedores obligan al famoso financiero a traer una fuerte suma de oro de Europa, en el vapor “Marsella”.

—Si este oro no llega a poder de Cantwell, nada podrá salvarle de la ruina — se dijo María.

Y comenzó el estudio de un plan para apoderarse del precioso cargamento.

El millonario sentíase indignado ante los informes de la prensa.

—Esto es una infamia — decía—. ¡Venirme a mí con exigencias cuando mis acreedores me prometieron una prórroga!

No se acordaba ya de que él, a su vez, nunca había sido generoso con ningún deudor.

—Si ese oro no llega a Nueva York para el día primero del mes próximo, estoy arruinado.

Quizá María Dawson se encargaría de que así sucediese. Firme en sus propósitos iba a embarcar para Londres en el vapor “Marsella” que a su regreso conduciría el oro de Cantwell. Su amigo Blackie, para no inspirar sospechas efectuaría el viaje por separado y en compañía de su “socio” Harry. Antes de embarcar, le dió las últimas instrucciones.

—Procura que te den el camarote vecino al del sobrecargo del vapor y sácale todos los informes posibles acerca del camarote de seguridad.

Y así sucedió. El papel que María tenía que desempeñar a bordo era el de bibliotecaria de un millonario americano que la mandaba a Londres a comprar libros raros. Se había comprado unos anteojos de concha para ostentar con mayor propiedad su cargo de mujer estudiosa.

Salió el buque. El hombre con quien María tenía que entablar relación era Daniel Regan, un simpático joven, sin experiencia todavía de las peligrosas luchas de la existencia.

La joven y modesta bibliotecaria era muy diestra en aquellos lances, y poco antes de terminar el viaje, el sobrecargo y ella eran dos amigos inseparables. Sus dos juventudes solas se habían unido con una igualdad de gustos y de modo de apreciar la vida.

Pero poco a poco, María llevaba la conversación al terreno fundamental.

—Yo estaré muy pocos días en Londres — le decía—. Y me gustaría regresar en este mismo vapor, con usted, si hubiese a bordo un camarote en donde poder depositar los valiosos libros que voy a comprar.

—¡Camarote de seguridad! — dijo ingenuamente Regan—. ¿No ha visto usted el que tenemos a bordo? Se lo enseñaré a usted.

—¡Oh, no se moleste! — dijo ella, aparentando indiferencia.

—¡Pues no faltaba más! Voy a buscar las llaves. Para abrirlo se necesitan dos: la del capitán y la mía.

Salió Regan para dirigirse al camarote del capitán y pedirle las llaves. Ya éstas en su poder, acompañado de María visitó el camarote de seguridad y le mostró a su amiga los cerrojos que hacían casi inexpugnable aquella habitación de hierro.



—Procura que te den el camarote vecino al del sobrecargo del vapor...

—Aquí podrá, a su vuelta, guardar el tesoro de los libros...

—Si me es posible lo haré — dijo ella, sonriendo.

Terminó el viaje, y María aprovechó bien el tiempo. Al desembarcar en Inglaterra ya se había proporcionado un modelo de las llaves del camarote de seguridad. Tenía, pues, la entrada franca en aquella fortaleza y se prometía a su regreso apoderarse del oro de Cantwell.

En Londres, juntóse ella con sus cómplices Blackie y Harry "El Cuervo". Los tres se preparaban para el viaje de vuelta. Blackie decía riendo, mientras colocaba en un baúl de libros largas barras de hierro:

—Esto es lo que meteremos a Cantwell en los cofres, a cambio de su oro.

—¡Oh, qué contenta estoy! — contestó María—. Ahora es cuando voy a vengar a mi padre... Si no fuese por el peligro que tú corres, Blackie... — siguió diciéndole con dulce voz de novia.

—El trabajo más peligroso e importante lo has hecho tú, sacando el modelo de las llaves de seguridad... Creo que podemos descontar el éxito.

—Parece seguro...

Pero a veces resulta que los planes mejor preparados se entorpecen con imprevistas dificultades.

Había llegado la tarde de la partida del "Marsella". Iba embarcándose, custodiado por un cordón de policías, el oro de Cantwell, encerrado en una docena de cajas de hierro. Blackie y Harry se hallaban ya a bordo; efectuarían el viaje separados de María para que ésta, disfrazada de muchacha estudiosa, como convenía a su papel de humilde bibliotecaria, pudiera desenvolverse con mayor libertad.

Sobre cubierta, brindando encantadoras sonrisas a Daniel Regan, María presenciaba las operaciones de embarque del mineral.

Pocas horas antes, en Nueva York, el detective Webb acababa de recibir de su corresponsal un telegrama concebido en estos términos:

"Webb: Dos individuos a bordo del vapor "Marsella", dispuestos fracturar puerta camarote seguridad."

La emoción del policía y de Cantwell fueron enormes. Especialmente este último pensaba que si el oro no llegaba a su poder su ruina sería inminente. Y mandó este otro despacho al capitán del "Marsella":

"Capitán Chas Mac Noughton, vapor "Marsella", Southampton (Inglaterra): Tengo informes intenta-

rán forzar camarote de seguridad durante el viaje. Adopte precauciones. Avisaré vayan detectives a bordo hacer travesía.—Cantwell.”

El capitán recibió este aviso y cumplimentó el encargo del millonario. Los pasajeros, a conveniente distancia, contemplaban el embarque del rico metal.

Una vez todos los cofres encerrados, Daniel se dirigió a María y le dijo:

—Ahora podemos poner su baúl de libros en el camarote de seguridad.

Así lo hicieron. El baúl que encerraba, además de las colecciones de libros, un sinnúmero de barras de hierro, fué colocado junto a las cajas de oro.

Iba ya a partir el buque, cuando embarcaron en él dos personajes que parecían gentes de alto rango y significación social. Figuraban inscritos con el nombre de Sir Arturo Cumberland, noble inglés al servicio de la policía secreta de Inglaterra, y Carrington Staffer, su secretario.

Llegó también a última hora Clara Dupont, una hermosa pasajera hubia, bellísima mujer de mirada fina, pero inquietante.

El buque levó anclas. Regan, el sobrecargo del buque, que se desvivía entre el cumplimiento de su obligación y las atenciones exquisitas que prodigaba a la falsa bibliotecaria, se acercó a ella y le dijo:

—María, lo siento muchísimo, pero no es posible darle el camarote para usted sola.

—¡Qué contratiempo!—respondió la joven, verdaderamente disgustada.

—Guarde el secreto—siguió diciendo el sobrecargo—. Acaban de llegar a bordo unos detectives de Scotland Yard, y como todos los camarotes están ocupados tendré que meter a una joven en el suyo.

El corazón de la muchacha latió con inusitada violencia. ¡Sospechaban! ¿Podrían realizar su plan?

Con un “hasta luego” se despidió de su amigo, dirigiéndose a su camarote, y escribió unas líneas que decían:

“Cantwell se ha enterado. Detectives a bordo. Tengo una mujer desconocida en mi camarote.”

Salió a uno de los corredores, y sin ser vista entregó a Blackie el papel. Y volvió otra vez a su camarote.

Pero al abrir la puerta sorprendió la presencia de una mujer rubia que parecía examinar un papel. En efecto, la misteriosa desconocida miraba al trasluz un papel blanco en que habían quedado impresas las huellas de lo escrito unos momentos antes por María. La fuerza con que ésta redactó la nota, hizo que quedaran marcados los rasgos en el pliego que tenía debajo del suyo.

La joven volvió a poner la carta sobre el tocador y, volviéndose hacia María, dijo sonriente:

—Soy Clara Dupont, a quien usted ha tenido la amabilidad de permitir que comparta su camarote... En este instante estaba admirando su magnífico papel.

—Lo celebro — dijo lentamente María —. Esta coincidencia de gustos parece augurar una buena amistad.

Pero juró ponerse en guardia contra la misteriosa pasajera que comenzaba a inspirarle vehementes sospechas. ¿Estaría en combinación con los detectives que iban a bordo?

Hasta la última noche de travesía no ocurrió nada de particular. Las cajas seguían intactas en el camarote de seguridad, sin que los supuestos ladrones se atrevieran a poner sus manos sobre el tesoro.

Pero Nueva York estaba cerca, y era necesario realizar el golpe antes de llegar a puerto. Blackie y Harry, provistos de las llaves falsas que se habían proporcionado, penetraron furtivamente, al amanecer, en la cámara acorazada, y en silencio, con la tranquilidad de quien no espera ser molestado, comenzaron su labor; y después de titánicos esfuerzos, evitando los ruidos que pudieran llamar la atención, abrieron algunos cofres trasladando su hermoso contenido al baúl de María, y poniendo en los primeros las barras de hierro

que a prevención traían, para disimular con su peso la falta del metal.

En esta operación se hallaban cuando oyeron en el inmediato corredor pasos furtivos que se acercaban lentamente hasta llegar junto a la puerta del camarote. ¡Les espían! Probablemente, los policías que había a bordo estaban al acecho.

Obraron con la mayor rapidez. Era necesario huir cuanto antes. Cerraron el baúl y los cofres, procurando que no se advirtiera la menor fractura. Ya todo en orden, abrieron rudamente la puerta, topando con dos sujetos que tenían el oído aplicado a la cerradura. Eran Sir Arturo Cumberland y su secretario Carrington, que habían escuchado ruidos sospechosos y acudían, temerosos de que el tesoro volase.

En la obscuridad del pasillo lucharon los cuatro hombres con toda la fuerza de sus puños recios, persiguiéndose con el salvajismo del cazador. Blackie y Harry pudieron finalmente desprenderse de ellos, emprendiendo una fuga veloz. Pero Sir Arturo y Carrington les persiguieron de nuevo, alcanzándoles cerca de la gran barandilla que daba al salón central.

María y Clara salieron de su camarote. Los cuatro hombres se enlazaron por segunda vez, propinándose soberbios golpes. Sir Arturo luchaba con Blackie; Harry, con Carrington. En las evoluciones del combate, fueron a caer sobre la baranda, que se desplomó con ellos sobre el salón, produciendo un ruido formidable.

Los cómplices de María lograron escapar, y con una lijereza pasmosa regresaron a sus camarotes sin ser vistos por nadie.

Comenzaron a abrirse camarotes, apareciendo rostros asustados y soñolientos, que se preguntaban a qué obedecía el tumulto. Acudieron el capitán del buque y los oficiales, quienes socorrieron al pobre Sir Arturo y a su secretario, que aparecían magullados, medio muertos, después de la paliza recibida.

—¡Iban a robar el oro!—dijo el inglés—. Por

fortuna, nosotros vigilábamos. Pero me sería imposible reconocer a los que nos asaltaron... Se nos echaron encima tan rápidamente que no me pude dar cuenta de quiénes eran...

Corrieron todos hacia el camarote de seguridad, y el capitán pudo comprobar que los cofres se hallaban intactos.



María y Clara salieron de su camarote.

—Gracias a Sir Arturo, los ladrones no han podido realizar su intento.

Entre los pasajeros que se agolpaban ante la cámara, ávidos de emoción, estaban María, Blackie y Harry, quienes comentaban con otros pasajeros la audacia de los ladrones.

—Pero, señor, ¿es que una persona decente no puede transportar su dinero de un mundo a otro?

Blackie deslizó entre los dedos de María un papel que ella leyó después, procurando no ser espía.

"No hay novedad. Sigue plan primitivo."

María suspiró. Temía que aquel alboroto que ella atribuía al intento de forzar los cofres, tuviera consecuencias graves, impidiéndole la realización de su venganza. Pero la nota de Blackie la tranquilizaba por completo. ¡Oh, no había querido cruzar ni una palabra con sus cómplices, procurando de este modo



En las evoluciones del combate, fueron a caer sobre la baranda...

que nadie pudiera sospechar de la modesta bibliotecaria!

Al día siguiente, Nueva York se presentó a la vista de todos. Comenzaban los preparativos de la inspección aduanera. Los empleados del buque sacaron el baúl de María de la cámara de seguridad, para preparar la revisión. Y lo dejaron, a petición de la joven, en su propio camarote.

—Son pesados esos trámites de aduana, señorita—

le dijo Regan—; pero yo la ayudaré a despachar su baúl.

—¡Oh, muchas gracias! Yo misma lo arreglaré todo.

—De ninguna manera. Pero antes, quiero preguntarle a usted una cosa, María: ¿me da usted alguna esperanza?—dijo acariciándola con la mirada, sintiendo que su alma juvenil palpitaba de amor.

Ella calló, sinceramente conmovida por la pasión de aquel joven.

—¿No me contesta usted? ¿Quiere usted a otro?

—Pues bien, ¿por qué negarlo?... Sí...

Daniel perdió el color. ¡Pobres esperanzas suyas, hundidas en el mar! Pero, recobrando su aplomo, contestó con gallardía:

—Aunque así sea, usted será siempre para mí la mujer más admirable que he conocido.

Y salió del camarote con la muerte en el corazón.

Poco después llamaban a su puerta seis muchachas que figuraban en el buque como bailarinas que iban a debutar en un music-hall neoyorquino. María las recibió con una sonrisa triunfal de muy buena compañera.

Estuvieron una media hora todas juntas. Después, con grandes exclamaciones de despedida, abandonaron el camarote, con su aire pícaro de mujeres de escenario.

Su compañera de camarote, Miss Dupont, regresó para ultimar los preparativos de marcha, y se despidió cordialmente de su amiga.

—Adiós, señorita Dupont—dijo María—. ¿Volveremos a vernos algún día?

Ella la miró profundamente, y con extraña entonación le respondió:

—¡Quién sabe!

El "Marsella" había atracado. Transportaban todos los equipajes hacia la Aduana, y María, sin el menor desasosiego, vió cómo se llevaban el baúl para ser inspeccionado.

El millonario Cantwell, con Webb y un sinnúmero de policías, esperaba el desembarque del oro.

Los cofres fueron quitados de la cámara de seguridad y transportados a un camión, para ser llevados al despacho de Cantwell. Una doble hilera de policías impedía cualquier otra agresión.

También los pasajeros comenzaban a desembarcar,



—Aunque así sea, usted será siempre, para mí, la mujer más admirable que he conocido.

María, Harry y Blackie bajaron la pasarela sin ser reconocidos ni molestados por nadie. Esperaron en la Aduana el reconocimiento del baúl de la joven, que contenía libros viejos, mamotretos inútiles, ¡nada de particular! Una vez efectuado el reconocimiento, marcharon en automóvil. Y siguieron bajando otros viajeros: las seis bailarinas, el noble Sir Arturo, sentado en un sillón de ruedas que conducía su secretario Carrington...

Todos le miraron con lástima. El capitán del "Marsella" dijo a Cantwell:

—Este es el caballero que recibió graves heridas cuando se dispuso a defender nuestro camarote de seguridad. Pertenece a Scotland Yard.

¡Bravo caballero! Cantwell acudió a felicitarle, interesándose por ese defensor de su fortuna.

—Cumplí con mi deber—decía modestamente Sir Arturo.

Tenían el equipaje dispuesto para ser conducido al hotel. Pero el policía Webb, que no quitaba los ojos de los dos ingleses, comenzó a inspeccionar el baúl que éstos llevaban, con una atención extraña tratándose de próceres tan distinguidos. Lo abrió, y aunque no vió en él nada de particular, le pareció que debía tener un doble fondo, a juzgar por lo alto que era exteriormente y la escasa profundidad que tenía en su parte interior. Con un metro comprobó la desigualdad de dimensiones.

—¡Aquí hay algo anormal! — exclamó.

Sir Arturo palideció. Todos miraron a Webb, temiendo se hubiera vuelto loco. ¿Cómo se atrevía a iniciar una sospecha contra un noble británico?

Pero ya el detective, con la ayuda de un hacha, destrozaba el fondo del baúl, apareciendo bajo éste un espacio cubierto de herramientas. Las sacó a plena luz, diciendo:

—Herramientas de ladrón. ¡Extraño equipaje para detectives o nobles ingleses!

Sir Arturo balbució:

—No comprendo nada... Créame que soy el primer sorprendido.

—¡Alto ahí!—rugió Webb, cogiendo por el hombro a los dos ingleses—. ¡Por fin han caído ustedes en el garlito!... Estos deben ser Arturo "El Duque" y Ricardo "El Liverpool", dos pájaros de cuenta. Arturo, de un salto, intentó huir, pero el detective le tenía bien sujeto.

—Conque vosotros sois los ladrones del oro, ¿eh?

Ya me avisó la policía inglesa de que ibais a intentar el golpe.

Era inútil todo disimulo. Arturo y Ricardo perdieron en un momento el disfraz de su anterior distinción, y el primero explicó:

—Si usted lo sabe todo, hemos acabado... Sí, somos Arturo "El Duque" y Ricardo "El Liverpool"... Pero no hemos cogido ni un centavo... Allí está el oro, en el mismo sitio donde lo pusieron.

—Bueno. Es necesario comprobarlo bien. Que lleven los cofres a mi despacho en seguida. Y ustedes, farsantes, no escaparán a mi justicia.

Abatidos, viendo fracasados por completo hasta sus planes de libertad, los dos ingleses fueron conducidos a casa del millonario.

Los cofres habían sido igualmente trasladados al despacho de Cantwell, quien esperaba nerviosamente el momento en que fueran abiertos y pudiera con sus propios ojos ver el mineral.

Webb fué el encargado de mirar los cofres. ¡Magnífico! El oro estaba en los arcones, en pequeños paquetes intactos.

Arturo y Ricardo miraban con pena los brillantes cartuchos de metal. ¡Qué desgracia la suya! ¡Después de haber efectuado el viaje, haciéndose pasar por detectives de Scotland Yard, nada obtenían!

Uno de los cofres no pudo ser abierto con la misma facilidad que los anteriores. Webb logró por fin levantar la tapa, pero su sorpresa fué indescribible al ver que en su interior, en vez de oro, había unas barras de hierro. Abrieron los dos últimos, comprobando que no contenían más que hierro viejo.

Todos lanzaron un grito de sorpresa. El capitán del "Marsella" no pudo ocultar su asombro ante aquel cambio de mercancía.

Los dos ingleses quedaron boquiabiertos.

—¡Quién había de pensar que no éramos nosotros los únicos que íbamos detrás del oro!—dijo Arturo a su compañero.

El millonario se paseaba furioso por el despacho: —¡Miserables! ¡Infames! ¡Qué han hecho ustedes de mi oro?—decía a los británicos, amenazándoles con el puño.

—Había otros ladrones en el buque, señor. ¡Nosotros no hemos tocado nada!

Fueron sometidos a un interrogatorio larguísimo, después del cual Webb ordenó que los llevaran a la cárcel.

—No los suelte, Webb—decía el financiero—. Son mi única esperanza, porque si no recobro el oro estoy arruinado.

Una sonrisa melancólica se dibujó en los labios gruesos del detective.

—Han declarado la verdad, estoy seguro de ello... Alguien más listo que ellos cargó con el oro.. Probablemente algún empleado de la compañía...

—Pues es necesario buscarle, aunque se esconda en el infierno...

—¡Un poco de calma! Dígame, capitán: tengo entendido que para abrir el camarote de seguridad del vapor se necesita su llave y la del sobrecargo, ¿no es cierto?

—Sí, señor.

—Recuerda usted si alguien le pidió la llave durante el viaje?

—La llave... espere... quizá sí... Ahora recuerdo que en el viaje de ida se la dí al sobrecargo Daniel Regan...

—¡No quiero saber más! ¡Regan, el sobrecargo, es el hombre que buscamos!

—Vaya por él, Webb—ordenó Cantwell—, y castigüemos su audacia.

—Voy a mandar a un par de mis detectives en su busca... Le arrancaremos la verdad, mal que le pese.

—Haga cuanto pueda. Piense que si no se encuentra el oro, quedaré arruinado, a merced de mis viles acreedores.

Poco después unos agentes de policía iban en dirección a la casa de Daniel Regan, a cumplir la brutal orden de detención.

**

En la casa que habitaba María se observaba gran movimiento. Blackie estaba enorgullecido por el triunfo.

—Tenemos el oro en nuestro poder—decía la joven—. Y vamos a arruinar a ese granuja de Cantwell...

Poco después entraron en la casa las seis muchachas que habían figurado como bailarinas a bordo del "Marsella", y que en realidad eran igualmente cómplices suyos.

—Todo va de primera... Blackie, haz el favor de salir de la habitación para que las muchachas puedan quitarse la ropa—dijo María.

Blackie se retiró a una pieza contigua, impaciente por ver el oro robado. Porque el negocio no había podido salir mejor. Cuando las supuestas bailarinas entraron en el camarote de María para despedirse de ella, se repartieron el botín encerrado en el baúl, y a guisa de cinturón cada una colocóse bajo las ropas varios paquetes de oro. De esta manera, sin llamar la atención de nadie, pudieron desembarcar, y ahora ofrecían a la joven los paquetitos del metal soñado.

—Ya puedes entrar, Blackie—exclamó María, una vez las muchachas se hubieron vestido de nuevo.

Blackie lanzó un suspiro de admiración ante los paquetes apilados que valían una fortuna.

—Hemos arruinado al infame Cantwell—dijo María—. Nos ha costado tiempo y sudor, pero vencimos...

Quedó repentinamente triste, como atormentada por una idea tenaz.

—¿En qué piensas?... ¿Es que no eres feliz?...

—¡Tonterías mías!... Estaba pensando en lo cruelmente que tuve que burlarme de aquel pobre mu-

chacho sobrecargo... ¡Su aprecio era tan sincero!...

—¡Bah!... No pienses en él...

Llamaron a la puerta, y una mano audaz la abrió. Sorprendidos, creyendo que la policía iba a detenerles, lanzaron un grito de miedo. Pero otra mujer, la señorita Dupont, la antigua compañera de travesía de María, apareció en el umbral.



Sorprendidos, creyendo que la policía iba a detenerles, lanzaron un grito de miedo.

—¿Usted aquí?... ¿Qué es lo que quiere?—exclamó María.

—No te alarmes, chiquilla—repuso Blackie, riendo—. Es Lola, la Inglesa... Ella fué la que me avisó que aquellos dos ingleses que estaban a bordo no eran detectives.

—¡Ah! Entonces, ¿me hacías vigilar tú también?—protestó la joven, furiosa.

—Todas las precauciones eran pocas... Cada una

de vosotras me previno contra la otra. No hay duda de que la cosa tuvo gracia, ¿no os parece?...

Lola contempló con ojos audaces el oro recogido.

—¡Ah, no, no; yo no puedo tolerar eso! Entonces, ¿no tenías confianza en mí?—siguió diciendo María.

—Nada de eso. La tenía absoluta... Pero necesitaba convencerme de que tú no corrías ningún peligro... y Lola, la Inglesa, sin tú saberlo, vigilaba...

Mientras esta escena tenía lugar, no muy lejos de allí ocurría otra muy distinta.

El joven Daniel Regan explicaba a su madre todos los incidentes de la travesía... Y también le habló del amor que sentía por la bibliotecaria modesta que nunca sería suya...

Así pasaban las horas, cuando llamaron dos agentes de la policía secreta, ordenando a Daniel Regan les siguiera a la comisaría. El dolor de la madre de Daniel fué inenarrable. El sobrecargo no perdió la serenidad.

—¿Qué ocurré? ¿Por qué me detienen?

—Se trata del oro del "Marsella", joven... Ya se lo explicará usted al juez...

—Esto es una lamentable equivocación... una cosa estúpida... Yo nada sé de ello.

—No le preguntamos... Síganos...

—Hijo mío... hijo mío... ¡Mi Daniel!...

—Cálmese, madre... Dentro de una hora estoy de vuelta...

Pero a Regan no le pusieron en libertad tan pronto como él esperaba... Toda la noche estuvo sujeto a un despiadado interrogatorio, y hubo de soportar la grosera brutalidad del detective y de Cantwell, empeñados en encontrar una víctima.

—No sé nada... nada...—repetía el infeliz.

—¡Has de hablar, perro!... Has de confesar dónde robaste mi oro...

Y sus manos, manchadas por tantos delitos oscuros, de financiero sin conciencia, caían sobre el rostro del desvalido.

Los periódicos de la mañana trajeron la noticia

de la detención de Daniel. María se enteró de ello y no pudo reprimir su sentimiento...

—No podrán probarle nada a Regan, y lo que es mejor, tampoco podrán probarnos nada a nosotros—dijo la joven.

Y ya sin pensar más en el desdichado que sufría por ellos, hablaron del próximo reparto del botín... Blackie y Harry se despidieron de María y acordaron volver una hora más tarde, para ultimar ciertos pormenores.

La joven quedó sola... Era rica y feliz, y como no conocía la voz de la conciencia, nada la atormentaba... Llamaron a la puerta... María, creyendo que volvía Blackie, abrió tranquilamente, encontrándose con un hombre que la miraba con una sonrisa irónica, llena de burla. Era el célebre abogado Frank Garbert, a quien no había vuelto a ver desde la prisión de su padre.

—¿Qué tal, María?... No hay duda de que el robo del oro de Cantwell planeado por usted y Blackie fué muy audaz...

La joven palideció... ¡Cómo sabía aquello!...

—... Pero no van ustedes a disfrutar del botín tan a gusto como se figuran.

María no podía hablar, pálida y emocionada. El abogado sentóse tranquilamente, y sus ojos se dirigieron hacia el periódico que estaba sobre la mesa, y donde aparecía con gruesos caracteres la noticia de la detención de Daniel.

—¡Ah, vamos!... Ya veo que está usted enterada de la detención de Regan, pero lo que usted ignora es que soy su abogado...

María contestó, por fin, con aquella audacia que había vuelto a recobrar:

—¡Es usted también mi abogado, y eso le ata la lengua!...

—¡Oh, no tanto!... Con la declaración de Regan, hemos logrado averiguar que era una mujer la que planeó el robo... A mí me dijo Daniel, privadamente, el nombre de usted. Pero no cree que usted sea

culpable, y a ellos, al detective, a Cantwell, no quiso decirles nada... Y eso que su madre tiene derecho a saber la verdad... ¡Vea usted!

Fueron los dos hacia la ventana y vieron en la calle a una pobre viejecita sumida en un éxtasis doloroso. —Es su madre—siguió diciendo Frank—, su pobre madre, que no tiene otro amor que su hijo... ¡Usted tiene el deber de salvar a Daniel!

María aparecía anonadada, como si de repente todo se hubiera transformado. El abogado continuó:

—Anoche sujetaron a Daniel a un rígido interrogatorio durante varias horas... Y siempre contestó lo mismo: "¡No quiero decirles su nombre! Ella es noble y leal y la tratarían ustedes como me han tratado a mí... ¡Ah, si usted hubiera visto aquello!... Los dos granujas ingleses declararon también contra Daniel... Y el pobre, allí, sin defenderse, sin querer acusar a usted, sacrificándose con un heroísmo de mártir... ¿No merece esa noble conducta que usted haga alguna cosa por él?"

María sentíase, por primera vez, conmovida, llena de una emoción singular. Pero todavía el miedo a comprometerse le hacía persistir en su actitud.

—¿Qué quiere usted que haga?...

—Devolver inmediatamente el oro...

—No puedo... Como usted comprenderá, no voy a ser tan estúpida que declare que Blackie y yo dimos el golpe...

—No hace falta eso... Basta con que devuelvan ustedes lo robado... Sea usted buena alguna vez... Acuérdesse de esa pobre madre que llora, sin esperanza... Acuérdesse de los inocentes que sufrieron el martirio... Piense en su padre...

María calló, pero sentía que en su corazón surgía un mundo nuevo...

—¡Oh, Frank!... Tiene usted razón... Debemos devolver lo robado...

Llegaron Blackie y Harry, y el abogado aprovechó la ocasión para retirarse.

—Que cumpla usted lo prometido, María...

Ella calló. Los dos cómplices venían dispuestos a repartirse el botín.

—Ahora podemos hablar del empleo del oro—dijo Harry.

—No vamos a repartir nada—exclamó María—. ¡Vamos a devolver lo robado!



—Acuérdesse de esa pobre madre que llora sin esperanza...

Y habló... habló con palabras de caridad y de emoción... Explicó cómo un inocente sufría por su causa... Y Blackie sintió también que la voz de los buenos consejos gritaba en su interior... Pero Harry, "El Cuervo", se indignó:

—¡Venirme a mí con ternuras ahora!... ¡Quiero que se me dé lo que me corresponda!...

—Piensa que el pobre inocente...

—Yo quiero mi parte, nada más...

—Bien—dijo María—. Dime, Blackie, ¿cuánto te

nemos en el Banco, de nuestras economías?

—Veinticuatro mil dólares.

—Pues extiende un talón por dicha cantidad, y entrégaselo a Harry... Pero nunca más vuelvas a poner los pies aquí...

Harry protestó; mas convencido de que si seguía por aquel camino no cobraría ni los 24,000 dólares, optó por marcharse, después de maldecir los raros sentimentalismos que a última hora invadían a sus antiguos cómplices.

María quedó sola con Blackie y le dijo:

—Blackie... hemos hecho muchas trastadas, pero esta de mandar a un inocente a presidio es demasiado grave...

—Es verdad, María... No seamos como Cantwell, que mandó a tu padre, inocente, a Sing-Sing... Mira, te lo aseguro.. tu acción parece que ha hecho de mí un ser nuevo... Quisiera ser honrado...

—Blackie... ¿por qué no cerramos para siempre con llave nuestro pasado? Vivamos una vida nueva... Unidos... tú y yo... pobres, pero honrados...

—Sí, sí, María... El oro me quema las manos... Hay que devolverlo pronto...

Y así fué. Cantwell recibió, misteriosamente, el oro robado. Pero no pudo serle útil. Unos días después, toda la prensa anunciaba que el famoso financiero Cantwell "no había podido sostener su situación a pesar del oro recibido de Inglaterra, y que se habían presentado contra él varias denuncias criminales, siendo detenido."

Así María pudo ver cumplida su venganza. Y un buen día de primavera se casó con Blackie, y juraron los dos caminar en lo sucesivo por el camino puro de la honradez...

Y Daniel Regan, libre ya, fué, poco a poco, olvidando sus amores imposibles, para soñar con el amor bueno de una muchacha de aroma virginal.